
EULOGIO DE ALEJANDRIA, THEODORO, LUCAS,
CYRO Y OTROS SOLITARIOS DEL EGIPTO¹.

El monje Eulogio del cual vamos á hablar es diferente del sacerdote de este nombre, quien fué á visitar al abad Josefo de Panephisa, como lo hemos dicho en otra parte. Era más viejo y vivía en tiempo de S. Antonio. Había ejercido la profesión de abogado cultivando también las letras humanas con buen éxito ; pero movido por el amor á Dios y por el deseo de la eternidad bienaventurada, se determinó á renunciar á los tráficos del siglo para vivir en el retiro ocupándose únicamente de su salud. Para eso distribuyó sus bienes entre los pobres, reservándose sólo una pequeña cantidad de dinero para vivir por no saber trabajar. Sin embargo tuvo alguna inquietud de espíritu sobre la conducta que debía seguir, pues por un lado ya no quería conversar más con el mundo, y por otro ne se consideraba con bastantes fuerzas para morar solo, Mientras estaba en estas perplejidades la providencia hizo que pasando por la plaza pública viera tendido sobre el empedrado un pobre leproso paralítico en todos sus miembros, al cual sólo le quedaba libre la lengua.

Dios le inspiró el encargarse de él, y entrando en sí mismo dirigió interiormente estas palabras á Jesucristo : « Quiero, ¡ oh Señor mio, recibir en mi casa á este leproso ; le mantendre ! y le asistiré hasta la muerte, con el fin de obtener por eso vuestra misericordia ; dignaos con-

¹ Vitæ Patrum — Tillemont — Cotelier.

cederme, Salvador mio Jesucristo, la paciencia necesaria para ejercer bien este oficio de caridad. »

Despues de esta oración se aproximó al leproso, y le comunicó sus intenciones. Este pobre enfermo en su extrema miseria no podía encontrar ofertas más consoladoras. Las aceptó con acciones de gracias ; y enseguida Eulogio se fué en busca de un burro, subió encima al leproso conduciéndole á su pequeña habitación.

No se puede expresar lo mucho que cuidó á este pobre. Le sirvió con tanta ternura y atención como si hubiese sido su propio padre. Le lavaba, le ungia, le calantaba y lo conducia con sus propias manos y lo trataba mejor de lo que pedía su condición ; lo que el enfermo recibía con sentimientos de gran reconocimiento. Eso duró quince años ; pero al cabo de este tiempo el demonio envidioso por la caridad de Eulogio, se apoderó del espíritu del eproso indisponiéndole de tal modo que en vez de darle gracias como antes, vomitaba contra él todo clase de injurias é imprecaciones. « Sal de aqui, malvado y fugitivo, le decía ; has robado el dinero del prógimo ; has robado hasta á tu propio amo ; y habiéndome recibido en tu casa bajo el pretexto de caridad, por este artificio quieres librarte del castigo que tú mereces. » Eulogio probaba de apaciguarlo con humildad ; le llamaba su amo ; le suplicaba le dijera en que le había disgustado para corregirse ; pero estas palabras tan dulces y humildes bien lejos de mitigarle le irritaban más, y contestó con arrogancia que él no miraba sus palabras más que como artificiosos halagos por las cuales se barlaba de él ; que le hacía llevar una vida demasiado sobria, y que él quería comer carne. Eulogio aún quiso complacerle en eso, pero su condescendencia no sirvió más que la dulzura de sus palabras ; el leproso insistió con más cólera diciendo que no quería vivir solo y que quería ver al mundo. « A eso le contestó Eulogio diciéndole que le lle-

varia solitarios que le harían compañía. » « No, contestó el leproso, no puedo suportar tu rostro, y tú quieres traerme otras gentes semejante á tí quienes son unos holgazanes y comilones. Despues entrando en una especie de furor tan fuerte que si hubiese podido servirse de sus brazos, tal vez se hubiera ahogado, gritaba en alta voz : « No quieró morar más, no quiero más aqui ; quiero que me lleven al mercado. Qué violencia ? Vuélveme allí de donde me sacaste. »

Eulogio viéndole en tal estado y no sabiendo que más hacer, fué á encontrar los solitarios vecinos para que le dieran el consejo que necesitaba. Fueron de parecer que fuera á consultarlo con S. Antonio. « Ese gran varón vive todavía. Colocad el enfermo en un bote, y conducidle á su monasterio ; y cuando él venga de su cueva, consultadle sobre lo que habeis de hacer. Tened cuidado en hacer fielmente lo que os diga ; pues Dios os hablará por su boca. »

El caritativo Eulogio siguió este consejo. Acarició tanto como pudo á su leproso, y le condujo en bote hasta el monasterio de Ripir, á donde S. Antonio acostumbraba ir de vez en cuando para los que iban á pedir sus consejos. Al dia siguiente por la noche el Santo llegó ahí cubierto con su manto de piel ; y despues de haber hablado á los que estaban presentes, llamó a Eulogio tres veces, aunque nadie le hubiese dicho su nombre. Eulogio no contestó creyendo que se dirigia á otro del mismo nombre ; pero S. Antonio le dijo : « Sois vos, Eulogio, á quien llamo ; á vos que venís de Alejandría. ¿ Por qué motivo habeis venido aqui ? » — « El que os ha revelado mí nombre, os habrá tambien revelado el motivo que me conduce aqui. » — « Es verdad, dijo san Antonio ; pero quiero que lo digais delante de los hermanos para que ellos también lo sepan. »

Sobre esto Eulogio le esplicó que despues de haber encon-

trado á este leproso-paralítico en medio de la plaza lo habia conducido á su casa sirviéndole con todo el cuidado posible, y que despues de haber vivido juntos en grande unión por espacio de quince años, este pobre habia cambiado tanto, sin que él pudiese saber que mal le habia hecho, que le atormentaba tan extraordinariamente que estaba á punto de dejarle, por lo cual iba á recibir su consejo sobre eso y á suplicarle que rogase por él, porque en efecto su enfermo le causaba una pena extrema.

S. Antonio despues de haberle escuchado con atención le dijo con tono grave y austero : « ¿ A qué viene esa de abandonar á vuestro enfermo ? Dios, que es su creador, no lo dejará. Le proporcionará otro mejor que vos, quien lo recibirá. » Eulogio á estas palabras se atemorizó no atreviéndose á contestar una sola palabra ; pero el santo lo dejó, y dirigiéndose al enfermo le dijo con voz alta y amenazadora : « Miserable, indigno que la tierra te sostenga y que el cielo te mire, ¿ no cesarás de combatir contra Dios y de irritar el espíritu de tu hermano ? ¿ Agnoras que el que te asiste por medio de Eulogio es Jesucristo ? ¿ Cómo tienes la osadía de hablar como hablas contra Jesucristo ; pues no es por el amor de este divino Maestro por lo que él se ha sujetado á servirte ? »

Los reprendió así á ambos diciéndoles que volvieran. Despues se entretuvo hablando con los hermanos sobre lo que convenia á la salud espiritual de uno y otro, y aproximándose de nueva á ellos les dijo : « Hermanos míos, no os detengais más aqui ; iros en paz, y guardaos bien de separaros uno de otro. Rechazad todas esas molestias y penas que el demonio ha puesto en vuestros espíritus : vivid en buena inteligencia y volved á la celda en la cual habeis vivido tan largo tiempo ; pues Dios os asistirá ; el demonio os ha puesto en esa tentación porque sabe que estais próximos al fin de vuestra vida, y que Jesucristo os coronará

á los dos ; á vos, Eulogio, por la caridad que habeis tenido con este paralítico ; y á vos, paraitico por que habeis recibido de Eulogio. Y si en el momento en que venga el ángel del Señor no os encuentra en el mismo lugar en donde estáis acostumbrados á vivir, quedaréis privados de vuestras coronas. »

Eulogio habiendo recibido este aviso del gran Antonio, con toda diligencia se volvió con el enfermo á su celda, en donde vivieron con perfecta caridad. Cuarenta dias despues Dios llamó al bienaventurado Eulogio, segun la predicción del Santo ; y su enfermo le siguió tres dias despues en comendando su alma á Jesucristo. El solitario Cronio que se retiró despues al desierto de Nitria, estaba presente cuando Eulogio habló á san Antonio. Fué al monasterio de Alejandria cuando los hermanos celebraban los funerales de Eulogio y del leproso. De verlo se quedó admirado, y tomando el santo Evangelio para certificar lo que iba á decir, lo puso en medio de los hermanos relatándoles con juramento como S. Antonio había predicho lo que á esos dos hermanos había sucedido, y como él mismo había servido de intérprete al santo, á Eulogio y á su enfermo, por no comprender estos la lengua egipcia que hablaba san Antonio, é ignorar éste la de aquellos que era la griega. Lo que hemos dicho de Cronio se puede ver en el libro de los solitarios de Nitria. Por lo que acabamos de referir parece que Eulogio murió antes que san Antonio ; pero que este patriarca era ya muy viejo.

Ahora vamos á decir algunas palabras sobre otros solitarios, de los cuales se habla en la *Historia monástica* ; y lo poco que se lize de ellos prueba que no cedían á los otros en virtud y caridad.

El abad Teodoro se retiró joven á la soledad ; y desde luego hizo en cierta oración prueba que ya sabia prestarse á las necesidades de los otros hasta olvidar las suyas pro-

pias por espíritu de desprendimiento. Habia ido á la panaderia para macerar y hacer cocer su provisión de pan. Mientras estaba trabajando allí, se presentó un hermano que iba por el mismo objeto ; pero, como este no pudiera hacerlo solo, Teodoro dejó al momento su harina, y le ayudó á hacer su pan. Apenas hubieron concluido, cuando, queriendo coger el suyo, llegó un segundo hermano con el cual se vió obligado á ejercer el mismo oficio de caridad.

Despues de este se presentó un tercero, y por fin, se presentaron hasta seis ; pero bien lejos de inquietarse, les prestó su concurso, hizo cocer sus panes no volviéndose á su tarea hasta que ya no se presentó ningún otro hermano que lo necesitara.

No quería que ninguno se desalentase en la oracion por las distracciones, con las cuales uno se halla algunas veces tormentado. ¡ Ay, decia él, si Dios no tuviera piedad de nuestra flaqueza, y si en tiempo de la oración y salmodia no usara de misericordia en los extravíos de nuestro espíritu ¿ cómo podríamos jamás salvarnos ?

Se retiró con el abad Lucas á una soledad vecina de Alejandria ; y los dos fueron largo tiempo tentados de dejar su retiro por el artificio del demonio, quien con todos sus esfuerzos probaba de disgustarlos de él. Pero el medio del cual se sirvieron para triunfar de esta tentación fué diferir su salida de un tiempo para otro sin ejecutarla jamás. Cuando empezaba el invierno decían : « Lo dejaremos así que haya pasado ; » y así esperaban el fin con paciencia. Pero cuando había llegado, todavía decían : « Pasaremos aquí el verano y despues cambiaremos de habitación. » Así engañándose voluntariamente todos los años, combatieron por espacio de cincuenta años esta pertinaz instigación del demonio, quien despues los dejó tranquilos ; de suerte que en su soledad murieron en paz.

Hubo un abad Teodoro de Eleutherópolis, á quien un so-

litario llamado Abraham Iberio ó Espanol se dirigió para preguntarle si valía más adquirir buena reputación que mala. El le contestó que era mejor conservar buena reputación ; porque, decía, la mala se origina de los acciones malas que ofenden á Dios y escandalizan al prójimo, mientras que la buena está fundada sobre las obras buenas, y si sucede que por ellas se nos considera, debemos humillarnos y reconocer que ninguna alabanza merecemos. A Abraham le gustó esta contestación, y le dijo que tenía razón.

El abad Lucas al trabajo de las manos unía el de la oración, y podia decir en verdad que cumplia lo que dice el Evangelio, que se necesita rogar sin descanso. En un encuentro confundió á unos monjes de la secta de los Euchites ; es decir, de los que condenaban el trabajo de las manos bajo el pretexto que es necesario orar siempre. Como fueran muchos á su celda, les preguntó en que trabajo de las manos se ocupaban. « No trabajamos, le contestaron ; pero rogamos sin interrupción según el precepto del Apostol. » — ¿ Pero, les dijo Lucas, no comeis ni dormís ? » — « Perdonadnos, contestaron, hacemos lo uno y lo otro. » « Pues cuando comeis y cuando dormís, replicó Lucas, seguramente no rogais ; y entonces ¿ quien ruega por vosotros ? » No supieron que contestarle ; el cual añadió : Perdonadme, hermanos míos, si me atrevo á deciros que no cumplís lo que dice el Apostol, como vosotros os gloriais de ello. Os voy á demostrar que yo trabajando como veis cumplo mejor que vosotros ; pues mientras estoy sentado remojando en el agua las ramas de palmera con las cuales hago esteras, estoy en la presencia de Dios diciéndole con el corazón : Señor, tened piedad de mí según vuestra grande misericordia. Borrard mis iniquidades por el exceso de vuestra bondad ; y á eso no llamais una oración ? » Convinieron que lo era. « Pero, añadió Lucas, cuando traba-

jando y orando así todo el día, he hecho trabajo para dieciseis sueldos más ó menos, reservo una parte para mi manutención, doy una otra á los pobres, que ruegan por mi en el tiempo que yo cómo y duermo ; así puedo decir que trabajando, comiendo y durmiendo no ceso de orar ; lo que no haceis vosotros. »

Hay muchos solitarios llamados Siro ó Ciro. Distinguiamos de los otros aquel de quien vamos á hablar por apellidarse *Alejandrino*. De él sólo se saben algunas palabras de consolacion y bien instructivas al mismo tiempo, que dirigió á un solitario quien sufría violentas tentaciones. « No os aflijais, le decía, antes tened buena esperanza y confianza en Dios. El que no resiste á sus pensamientos cae luégo en el pecado, y entonces estos no le afligen ; pero mientras sintais el tenerlos, no os harán caer. Mas, decidme, os ruego, os exponeis á alguna ocasión que os cause tales pensamientos ? » — « No, contestó el solitario, pero es el recuerdo de algunas cosas que en otro tiempo ví, las cuales vuelven á mi espíritu formando allí malas imágenes. » — « Id, le dijo el abad Ciro, no temais esas imágenes inaminadas, pero temed y huid los objetos vivientes, y sin embargo aplicaos á la oración más que nunca. »

El abad Longino moraba á tres leguas de Alejandría, quien sobresalió en humildad. Fué á consultar al abad Lucas, del cual hemos hablado, sobre tres cosas que preocupaban su espíritu, recibiendo de él exelentes consejos que le devolvieron la paz del corazón. « Estoy, decía, á Lucas, agitado por tres diferentes pensamientos. El primero es de irme á un país en donde yo no sea conocido. » A lo que contestó Lucas : « En cualquier lugar que vayais no sereis extranjero, sino teneis cuidado en reprimir vuestra lengua ; estad en silencio, y seréis completamente extranjero. » — « Yo también querría practicar largos ayunos, dijo, Longino. » — « Aun cuando debilitarais vuestro cuerpo con el

ayuno y lo dajarais todo encorvado, le replicó, eso, como dice Isaias, no sería suficiente para haceros agradable á Dios; aplicaos más bien á hacer ayunar á vuestra alma de los pensamientos vanos y de las malas afecciones. » — « Por fin, le dijo Longino, yo no querría ver á nadie. » El le respondió. « Creed que poca cosa haríais en vuestra soledad, si antes no hubieseis aprendido á conducir bien con los hombres lo mismo que á suportarlos. »

Más adelante Longino hizo grandes progresos en la mortificación y humildad, y estas virtudes Dios las reveló en él por el don de milagros. Decía que en las eufermedades convenía no cuidarse mucho, pero que principalmente se necesitaba saber sufrir ó morir.

Decía también al abad Acacio que un alma habia recibido el Espíritu santo cuando ya no seguía más sus malas afecciones. Vaciémosnos, decia él, de esas afecciones, y tendremos la dicha de atraerlo hacia nosotros; pero mientras las sigamos no veo porque podemos tener sentimientos de vana opinión de nosotros, como si en nuestro interior todo estuviera en paz.

Una mujer afligida por un cáncer sabiendo por la fama pública que hacía milagros, fué á buscarle en su desierto con el fin de obtener por sus oraciones la curación de su mal. Le encontró por el camino, y, sin saber que fuera él, le dijo: « Mostradme, os ruego, en donde mora el siervo de Dios Longino. » — « ¿ Qué quereis de ese impostor, le contestó: No puede haceros bien alguno. ¿ Que teneis? » Ella le mostró el cáncer que la roia, sobre el cual hizo la señal de la Cruz diciéndole: *Dios os cure*, y élla quedó curada. A su vuelta no es descuidó de relatar lo que le había sucedido y por la despricción que hizo del solitario que la había librado de su mal, le aseguraron que era el mismo abad Longino el que le había alcanzado de Dios ese milagroso favor.

Otra vez le presentaron un hombre poseido del demonio, — para que le librase con sus oraciones; pero con mucha humildad dijo á los que se lo habían traído: « Nada puedo hacer para vosotros; conducid el poseso á la casa del abad Zenón. » Zenón empezó á rogar por él; pero el demonio se puso á gritar por la boca del poseido: « ¿ Crees tú, abad Zenón, que yo salgo de este cuerpo por la virtud de tus oraciones? No, son las que hace actualmente el abad Longino que me obligan á salir de él; sin esto ni siquiera me hubiera dignado dirigirte un sola palabra. »

Este abad Zenón de quien hablamos aquí, vivía en el vecindario del abad Longino, y por consiguiente es diferente de otro solitario del mismo nombre, de quien los Griegos hacen mención en sus Menées, el 19 de junio. Este fué discípulo de Sylvano, abad del monte Sinai y de Gerares.

El abad Lot vivía en el desierto de Arsinoa, próximo á un pantano. Algunas veces se quedaba en Scete en donde consultaba á san Arsenio y conversaba con el abad Agatón. Un anciano muy viejo y enfermo fué á encontrarle rogándole que le recibiese en su celda; lo trató con mucha caridad y le prestó todos los servicios que pudo. Hasta le tenía esta atención, á saber, que cuando algunos hermanos iban allí pera conferenciar sobre cosas espirituales, también queria que le viesen. Sin embargo mientras discurrían se apercibió que estaba infectado por los errores de Orígenes; lo que le afligió sumamente, tanto por la salud de su alma como porque temía que tuvieran motivo para creer que él mismo tenía esos sentimientos, de los cuales, como buen católico, queria rechazar toda sospecha. No obstante, no se atravía á despedir este viejo enfermo por temor de faltar á las reglas de la hospitalidad y caridad. En esta zozobra se fué á encontrar á san Arsenio, y le esplicó lo que le sucedía.

El santo le dió este consejo: « No despidaís este viejo,

pero decidle : « Comed y rebed cuanto necesiteis, porque la Providencia os lo envía ; pero en gracia os ruego que os abstengais de las conversaciones que teneis. De dos cosas, añadió sin Arsenio, conseguireis una ; ó accederá á vuestras suplicas y así se corregirá ; ó, si no quiere acceder, á buen seguro que él mismo pedirá retirarse. » El abad Lot á su vuelta no se descuidó de decir al anciano lo que le había recomendado San Arsenio, y sucedió lo que el santo había previsto. El anciano encaprichado en sus errores no quiso corregirse, y rogó á su caritativo huésped que le permitiera el marcharse, porque, decía, no podría sufrir más los fastidios de la soledad. Así Lot se vió libre de él sin que tuviera que reprocharse el haber faltado á la caridad con el anciano.

El mismo abad Lot manifestó la dulzura de su caridad en otra ocasión, en la cual no se trataba de ejercer la caridad en un cuerpo de un anciano consumido por la enfermedad, pero sí en un pecador que estaba á punto de caer en la desesperación. Estaba en su celda cuando un hermano fué á encontrarle con el pretexto de conferenciar con él ; pero este hermano estaba tan agitado por los remordimientos de su conciencia, que en lugar de sentarse, y de entrar en conversación, no hacía más que entrar y salir como un hombre que está violentamente agitado. Sorprendido el abad Lot le dijo : « ¿ Qué teneis ; hermano mio ? » — « ¡ Ah ! he cometido un horrible pecado ; y no me puedo determinar á declararlo á ningun de los ancianos. » Lot conmovido por su situación le replicó : « Aliviad, hermano mio, vuestra conciencia, y no os avergonceis en decirmelo ; yo me encargo de hacer con vos la penitencia. » Esta palabra pronunciada con su correspondiente dulzura, llenó de confianza á ese pecador, quien de repente le esplicó su crimen con todas sus circunstancias. Despues de esta confesión viendo el abad Lot su pesar, le dijo : « Tened confianza, espero

que Dios os perdonará vuestro pecado ; encerraos en la cueva ; de cada tres dias no comais más que en uno y por mi parte también haré penitencia por vos. Pasaron así tres semanas en oración y ayuno, y despues de este tiempo Dios reveló al abad Lot que había agradecido la penitencia de este hermano, quien se puso enteramente bajo su dirección obediéndole como á su padre espiritual hasta la muerte. El abad Lot tuvo un discípulo llamado Pedro, del cual sólo sabemos lo que dejamos dicho en la vida de San Pemén. De un abad Pedro se relata esta hermosa sentencia : Ne debemos exaltarnos cuando Dios se sirve de nosotros para alguna obra particular ; mas bien es necesario que le rindamos humildes acciones de gracias por dignarse llamarnos á su servicio ; y debemos tener los mismos sentimientos en cualquier virtud que practiquemos.

Había en el desierto de Raïthe un solitario llamado Pedro, cólega del abad Epimaco ; pero no es este el lugar oportuno para hablar de él.

ISIDORIO EL HOSPITALARIO, Y TEODORO EL THEBANO ¹.

La Iglesia hace memoria de un santo Isidoro al 15 de enero. Algunos autores dudan de que sea este el solitario del mismo nombre del cual habla Casiano, quien fué sacerdote y solitario de Secte, más bien que Isidoro el Hospitalario de Alejandría. Pero aquí seguiremos los Bolandistas quienes en tal día relatan la Vida del último.

Era egipcio, y desde su infancia reveló excelentes dis-

¹ Los Bolandistas -- Paladio -- Sozomeno, Sócrates.